

la totalidad del mismo. Yo me presento á la manera de una pieza anatómica, en la que se ven las venas, los músculos, los tendones, cada órgano en su lugar: la tos producirá un efecto; la palidez ó la palpitación del corazón otros distintos, aunque nunca de un modo afirmativo. No relato mis gestos, sino mi individuo y mi esencia.

Entiendo que es indispensable la prudencia en el juicio de sí mismo, y que se debe ser concienzudo en emitir testimonios, ya sea en elogio ya en vituperio. Si me tuviera por bueno y porsabio, lo proclamaria á voces. Colocarse por bajo de lo que en realidad se es, téngolo por torpeza y no por modestia; empequeñecerse es cobardía y pusilanidad, según Aristóteles; no hay virtud á que acompañe la falsedad, y la verdad jamás sirve de argumento al error. Proclamar de sí mismo más de lo que realmente se es no es siempre presunción, á veces es torpeza: complaciéndose en traspasar la medida de lo que se es, se cae en el indigesto amor de sí mismo, el cual á mi manera de ver constituye el fundamento de ese vicio. El remedio supremo para curarlo es practicar precisamente lo contrario de lo que aquéllos ordenan, los cuales, al prohibir hablar de sí mismo, consiguientemente prohíben el pensar en sí mismo. El orgullo tiene su asiento en la mente; la lengua no puede tener de él sino una parte ligerísima.

Paréceles que en hablar de sí propio se experimenta complacencia; que observar y sondear su alma, es quererla con exceso; mas este exceso nace sólo en aquellos que se observan superficialmente, en los que se estudian después de los negocios, en los que llaman delirio y ociosidad al comunicar las propias sensaciones, y al aplicarse en el perfeccionamiento, edificar castillos en el aire. Si hay alguien que con su ciencia se enorgullezca porque mira bajo su nivel, que convierta sus ojos por cima, hacia los siglos pasados, y se verá obligado á bajar humildemente la cabeza al encontrar tantos y tantos espíritus, á cuyos pies debe postrarse. Si es en valor en lo que alguien se cree grande, recuerde las vidas de Escipión y Epaminondas, las hazañas de tantos ejércitos y de tantos pueblos que de tan largo le aventajan. Ninguna circunstancia particular enorgullecerá á quien tenga siempre fijas en la memoria, además de su debilidad é imperfección, la miseria inherente á la humana naturaleza. Porque Sócrates puso en práctica seriamente el precepto de su dios familiar: «Conócete á tí mismo»; y por ese estudio llegó á menospreciarse, fué considerado como el sólo digno de merecer el dictado de filósofo. Quién se conozca así puede valientemente y con arrojo pregonar su ciencia por su boca.

CAPÍTULO VII

DE LAS RECOMPENSAS DEL HONOR

Los que escriben la vida de César Augusto cuentan que este emperador se mostró en materia de disciplina militar tan pródigo en dádivas para aquellos que las merecieron, como avaro en la concesión de recompensas puramente honoríficas. Augusto, sin embargo, había sido agraciado por su tío con todas las recompensas militares antes de que tomara parte en ninguna batalla. Es una invención, ingeniosa, y aceptada de buen grado en todos los países del mundo, la de establecer ciertos distintivos, sin valor material, para honrar y recompensar la virtud, como las coronas de laurel, de encina y de mirto; los uniformes, el privilegio de ir en coche por la ciudad ó de salir por la noche alumbrado con antorchas; el sentarse en lugar preferente en las asambleas públicas; la prerrogativa que dispensan algunos títulos y sobrenombres; ciertos emblemas en los escudos de armas, y otras cosas análogas, cuyo empleo fué diversamente recibido según las costumbres de cada pueblo, y se mantiene todavía en vigor.

Nosotros, como algunas naciones vecinas, contamos con las órdenes de caballería que para aquel fin fueron instituidas. Es una costumbre excelente, al par que provechosa, el encontrar medio de reconocer el valer de los hombres singulares en merecimientos, y contentarlos y satisfacerlos por medio de recompensas que no gravan el erario público, ni tampoco son costosas al príncipe. Es igualmente un hecho constantemente probado por la experiencia antigua, y que también en Francia hemos tenido ocasión de ver demostrado, que las personas de calidad codician mejor aquellas recompensas que las que encierran ganancia y provecho, y creo que para ello no les falta sólido fundamento. Si al premio, que debe ser simplemente honorífico, van unidas otras ventajas, como la riqueza, la promiscuidad, en lugar de aumentar la estima, la rebaja y disminuye. La orden de San Miguel, que durante tanto tiempo gozó de gran crédito entre nosotros, no tenía mayor ventaja que la de ser independiente de toda remuneración material; esto fué causa de que antes no hubiera cargo ni destino cualesquiera que éstos fuesen, á que la nobleza aspirase con mayor ahínco que á esa orden, ni recompensa á que acompañaran respeto ni grandeza mayores, puesto que la virtud aspira y abraza de mejor grado á una recompensa puramente suya; antes busca la gloria que el provecho. Los otros dones no tienen un empleo tan digno, puesto que con ellos se retribuyen toda suerte de servicios: con las

riquezas se pagan los buenos oficios de un criado, la diligencia de un mensajero, al bailarín, al acróbata, al que nos entretiene con su charla, y, en suma, los servicios más viles que se nos procuran: el vicio, la adulación, la alcahuetería, la traición. No es por tanto maravilla que la virtud acoja y desee menos la común moneda que la otra que le es propia y peculiar como más noble y generosa. Obraba con tino Augusto al escatimar los honores y prodigar los dones, con tanta más razón cuanto que los primeros son un privilegio cuya esencia, lo mismo que la de la virtud, es la singularidad:

Cui malus est nemo, quis bonus esse potest ¹.

Para estimar la buena reputación de un hombre no se tiene en cuenta el que cuide de la educación de sus hijos, puesto que ese deber todos lo practican; por justa y recomendable que sea, es una acción común á todos los hombres; tampoco se hace mérito de un árbol gigantesco cuando se encuentra entre otros de las mismas proporciones. No creo que ningún espartano se vanagloriase de su valor, puesto que era común virtud en su nación, como tampoco de la fidelidad y desdén de las riquezas. Un mérito, por grande que sea, no puede ser objeto de recompensa cuando se convirtió en costumbre; y no sé qué motivos tendríamos para llamarlo grande estando al alcance de todas las fortunas.

Y pues que las recompensas del honor no tienen significación ni estima, sino porque son contadas las personas á quienes se conceden, el medio más presto de reducir las á la nada es otorgarlas con profusión. Aun cuando se encontraran mayor número de hombres que en las edades pasadas que merecieran la orden de que hablo, no habría por ello que tenerla en menor estima, pues fácilmente puede acontecer que haya muchos que la merezcan en lo porvenir, si se tiene en cuenta que ninguna otra virtud se propaga con mayor facilidad que el valor militar. Existe otra prenda más verdadera, perfecta y filosófica, de la cual no hablo (empleo la palabra virtud conforme á nuestro uso), mucho más grande que la militar y también más cabal, que es la fuerza y firmeza de alma con las cuales se desdennan toda suerte de accidentes enemigos; igual, uniforme y constante, de la cual el valor en los combates no es más que un reflejo débil. La costumbre, el uso, las instituciones y los ejemplos lo pueden todo en lo tocante á la virtud, cuya esencia es el arrojo, y hasta pueden convertirla en vulgar, como se ve por la experiencia que nos dan de ella nuestras guerras civiles; y si en los momentos actuales fuera dable congre-

¹ Quien no juzgara á nadie malo tampoco creería á ninguno justo. MARCIAL, XII, 82.

garnos á todos para acometer una empresa común, haríamos florecer de nuevo nuestra antigua fama militar. Bien es verdad que la recompensa de la orden no se aplicaba solamente al valor en tiempos pasados; sus miras eran más elevadas, y jamás se premió con ella al soldado valeroso, sino al capitán renombrado; la ciencia del obedecer no merece tan honrosa recompensa. Requeríase antiguamente para alcanzarla una experiencia profunda en el arte de la guerra, que abarcara todas las cualidades que deben acompañar á un combatiente experto, *neque enim eadem, militares et imperatoriae, artes sunt*¹, armonizadas además con la nobleza pertinente á tal dignidad. Digo, pues, que aun en el caso de que tuviéramos plétora de hombres de mérito, no por ello ha de distribuirse la orden con mayor liberalidad; hubiera sido mucho mejor no concedérsela á todos los que la merecían que desacreditarla para *in eternum*; á tal estado ha venido á parar una invención tan útil. No hay hombre de valor que intente siquiera vanagloriarse de lo que con los demás tiene de común, y hoy las gentes que fueron menos acreedoras á aquel galardón aparentan hacia él mayor desdén, para colocarse así á la altura de los que realmente lo merecieron.

El esperar con la supresión y anulamiento de ésta, establecer y acreditar otra orden semejante, no es empresa adecuada para una época tan licenciosa y enfermiza como la en que al presente atravesamos: ocurrirá que la última² caerá en el descrédito que arruinó á la primera. Las reglas de la dispensación de esta nueva orden habrían de ser extremadamente rigurosas y severas para que tuviese alguna autoridad, y este tiempo tumultuoso en que vivimos es incapaz de medida y contención; por otra parte, antes de que la nueva orden llegara á alcanzar crédito sería preciso que se hubiera perdido la memoria de la otra, y del desdén con que actualmente se la considera.

No estarían aquí fuera de lugar algunas consideraciones sobre el valor guerrero, y la diferencia de ésta con las demás virtudes; mas como Plutarco habla de sobra del mismo asunto, creo inútil estampar aquí sus ideas. Es digno de notarse que nuestra nación otorga á la *valentia* el primer rango entre todos los méritos individuales, como lo indica bien su nombre, que se deriva de *valor*; y que conforme á nuestro uso, cuando decimos de un hombre que vale mucho ó que es hombre de bien, al estilo de nuestra corte y de nuestra nobleza, no declaramos más sino que es un hombre valiente, de manera análoga á la costumbre de los romanos, entre los cuales *virtud* vale tanto como *fuerza*, según la etimología de la palabra. La forma propia, única y esencial

¹ Porque los talentos del soldado y los del general son diferentes. TIRTO LIVIO, XXV, 19.

² La orden del Espíritu Santo, instituida por Enrique III, en 1578

de la nobleza en Francia, es la profesión militar. Verosímil es que la primera virtud que apareciera entre los hombres y que procurara ventajas á los unos sobre los otros fuese también el valor, por medio del cual los más fuertes y arrojados se hicieron dueños de los más débiles y alcanzaron reputación y rango señalados, de donde quizás la palabra haya venido á parar hasta nosotros; ó también pudo ocurrir que aquellos pueblos, como eran guerreros por excelencia, concedieran el premio á la virtud que para ellos fuese más familiar y constituyera el más digno título; de la propia suerte que nuestra pasión y la solicitud febril con que apetece la castidad de las mujeres hace que una mujer buena, una mujer de bien y una mujer honrada y virtuosa, signifiquen tanto como decir una mujer casta, cual si para obligarlas á serlo concediéramos escasa importancia á todas las demás cualidades y las diéramos rienda suelta en la comisión de cualquiera otra falta, á condición de que en ellas permanezca la castidad.

CAPÍTULO VIII

DEL AMOR DE LOS PADRES Á LOS HIJOS

Á LA SEÑORA DE ESTISSAC¹

Señora: Si la novedad y la singularidad, que comunmente avaloran las cosas en el mundo, no me sacan airoso de la necia empresa en que me he metido, no saldré muy honrado de mi tarea; mas como ésta es en el fondo tan estrofalía, como se aparta tanto del uso recibido, me atrevo á esperar que aquellas circunstancias podrán acaso abrir camino á *Los Ensayos*. Una disposición de espíritu melancólica, enemiga por consiguiente de mi natural complexión, producida por las tristezas de la soledad en que volutariamente vivo sumido hace algunos años, engendró en mi ánimo este capricho de escribir. Como quiera que me encontrase además enteramente desprovisto y vacío de toda otra materia, decidí presentarme á mí mismo como asunto y argumento de mi obra. Es el único libro de su especie que existe en el mundo en cuanto á haber sido escrito con un designio tan singular y extravagante, y en él nada hay digno de ser notado aparte de esas circunstancias anormales, pues en una cosa tan vana y sin valor, ni el obrero más hábil del universo hubiera salido de su empeño de una manera señalada. Ahora bien, señora, debiendo pintarme á lo vivo, habría olvidado un rasgo importante si no hubiera

1. El hijo de esta dama acompañó á Montaigne en su viaje á Roma. « El Papa, dice nuestro autor, amonestó con cortés semblante al señor de Estissac al estudio y á la virtud. » *Viajes*, t. I. p. 87, ed. de 1774. (L.)

transcrito el honor que siempre concedí á vuestros méritos, y he querido consignarlo expresamente á la cabeza de este capítulo, porque entre otras hermosas cualidades de las muchas que os adornan, la del cariño que mostrasteis siempre á vuestros hijos figura en primera línea. Quien tenga noticia de la edad en que el señor de Estissac, vuestro esposo, os dejó viuda, de los grandes y honrosos partidos que os fueron ofrecidos, tantos como á la más excelsa dama de Francia de vuestra condición; de la firmeza y constancia con que habéis gobernado durante tantos años, en medio de dificultades penosas, la administración y cuidado de sus intereses, que os llevó por todos los rincones de Francia y aun hoy os tienen sujeta; del buen encaminamiento que los habéis impreso merced á vuestra sola prudencia ó excelente fortuna, convendrá conmigo de buen grado en que no existe en nuestro tiempo modelo más cumplido de afección maternal que el vuestro. Bendigo á Dios, señora, que consintió en que aquella fuera tan preciosamente empleada, pues las buenas esperanzas que deja entrever el señor de Estissac, vuestro hijo, muestran elocuentemente que cuando sea hombre obtendréis de él reconocimiento y obediencia. Mas como á causa de su edad temprana no ha podido echar de ver los extremos é innumerables cuidados que recibió de vuestros desvelos, quiero yo, por si estos escritos caen algún día en sus manos, cuando yo no tenga ni lengua ni palabra que lo pueda decir, que por conducto mío reciba el verídico testimonio de que ningún gentilhomme hubo en Francia que debiera más de lo que él debe á su madre, y que en lo porvenir no podrá dar prueba más relevante de su bondad ni de su virtud que reconociéndoos como tal.

Si existe una ley verdaderamente natural, es decir, algún instinto que se vea universal y perpetuamente grabado así en los animales como en los hombres (lo cual no quiere decir que no pueda ser asunto de controversia), esa ley es á mi modo de ver la afección que el que engendra profesa al engendrado, aparte de los cuidados que todos los animales procuran á su propia conservación, huyendo de lo que les perjudica, que va en primer lugar. La naturaleza misma parece habernos dictado aquella afección para propagar la especie y hacer seguir su curso á esta máquina admirable, y no es peregrino si de los hijos á los padres el cariño decrece; junto además con esta otra consideración aristotélica, según la cual el que hace bien á alguien le quiere mejor que el que lo recibe; aquél á quien se debe mejor que el que debe, y todo obrero profesa mayor cariño á su obra que el que le profesaría ésta en el caso de que fuera capaz de sentimientos. Amamos la vida, el existir, y el existir consiste en movimiento y acción, por los cuales cada uno reside en algún modo en su obra. Quien ejecuta